

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales. Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre La correspondencia al Administrador

EL BLOQUE Y SU OBRA

El «Bloque Cartageno de las Izquierdas», fué una esperanza, constituyó después una decepción y puede ser en el porvenir un grave peligro para este pueblo.

Estos tres puntos nos proponemos desarrollar, con serenidad de juicio, sin apreciaciones molestas y con el único fin de que nuestros lectores puedan contrastarlos con los hechos realizados y deducir las consecuencias que su claro criterio les dicte.

Muy complejas y diversas fueron las causas que motivaron la formación del Bloque; no hemos de descender á ellas, porque no nos interesa conocerlas, para el estudio que vamos á hacer: aceptamos como buenas las que sus partidarios aducen; nosotros empezaremos á considerar el Bloque, desde el momento, en que ya formado, promulgó su programa y se puso en condiciones de desarrollarlo.

Los partidos políticos, que durante muchos años, turnaron pacíficamente en la dirección de los asuntos de nuestro Ayuntamiento, estaban gastados; la Administración municipal era públicamente acusada de deficiencia, de mala, hasta de inmorales; la vida administrativa languidecía y esta población no obtenía las mejoras y beneficios á que tenía derecho; y con razón ó sin ella, eran acusados los sostenedores de este estado de cosas, de falta de energías, de sobra de compromisos y de estar ligados á intereses creados, que no podían, no sabían ó no querían romper.

Y en este momento crítico, en que la opinión general, cansada de peñita, hastiada de compadrazgo y de senguñada de ofrecimientos incumplidos, ambicionaba un cambio de régimen en el Ayuntamiento, que le hiciera recobrar las esperanzas de regeneración de este pueblo y ensauzarse su administración, de tal modo, que al fin ocupase el puesto que le correspondía por su importancia, por su riqueza y por todas sus buenas condiciones, apareció el Bloque.

Y el Bloque llamó á su seno á todos los buenos cartagenos y á los que sin serlo, aquí viven y por Cartagena se interesan; é hizo un llamamiento á todos los hombres de buena fé y les prometió no ocuparse de política, reger la administración municipal, laborar sin descanso por el bien público y ser para Cartagena un padre cariñoso, que con sus cuidados y des-

velos la indemnizase del despego y desamor con que le habían tratado, los que según él, habían sido hasta entonces sus enemigos.

Y Cartagena respondió á ese llamamiento, como pocas veces se ha visto que un pueblo se agrupe alrededor de una bandera; una inmensa mayoría de todos los partidos, de todas las clases sociales, de todos los organismos, acudió solícita á alistarse en aquella empresa; y los que por compromisos políticos ó particulares no pudieron unirse á ese movimiento, así como los indiferentes y neutrales, prestaron su apoyo moral é hicieron votos porque se llevase á feliz término y redundase en beneficio de su pueblo querido.

Administración y no política, decía el Bloque; y aunque esto mismo habían prometido siempre todos los partidos que fueron al Ayuntamiento, no había motivo para dudar de aquél, como se dudaba de estos, porque libre de compromisos, sin ligaduras de ninguna clase que le sujetase y con la aprobación tácita y expresa de todo el pueblo, era el único que podía realizar, lo que todos ambicionaban.

Y el 12 de Diciembre último triunfó el Bloque, el pueblo le dió su representación y el 1.º de Enero de este año, tomó posesión del Ayuntamiento y se dispuso á emprender su obra: Cartagena entera estaba pendiente de sus decisiones y dispuesta á aplaudirle.

El Bloque era entonces una esperanza.

DE MI GUITARRA

CANTARES

El corazón de una hermosa, Pude ver á mi placer. ¡Cuánto nombre hallé gravado, Mas con distinto cical!

Un ateo preguntaba: ¿En dónde la gloria está? Te vió, y dice que la halló, En un piso principal.

Venimos con llanto al mundo; Lloramos mientras vivimos; Nuestra muerte, llanto arranca, ¡Llorar es, nuestro destino!

En tus labios, lei amor; En tus ojos, ni aun aprecio. Tu corazón triste llora, No le niegues su derecho.

Carlos Villamontiel.

Cartagena 19-9-10.

Virutas

Para inspeccionar la Rumbia de Benipita y tomar las medidas de precaución que el agua torrencial pudieran exigir, fué el Sr. Alcalde. Y no iba acompañado del Arquitecto Municipal, según parecía lógico.

Sino del Sr. Bonmati. Según nos dice «La Tierra» No nos explicamos la sustitución del uno por el otro.

A no ser que se trate de una lamentable equivocación.

Y que como tal vez habría que ejecutar obras, confundiesen mampostería con repostería.

Eso sí: una vez sobre el terreno, no se perdió el tiempo.

Y la desviación del torrente se hizo lo más dulcemente posible.

Y se levantó un muro de contención, de plácate acaramelado y pasta flora anticuada.

Y así se evitó una posible inundación en la ciudad.

Gracias al pastero dique.

Pero no hay dicha completa.

Y este, que por un lado fué un bien, pudo por otro, acarrear graves disgustos.

Como las aguas de Benipita se mezclan con las de las Compañías que nos surten de las impropriadamente llamadas potables, ayer fué un desastre.

Los laboratorios químicos oficiales y particulares que aquí existen, dieron un certificado desconsolador de los orines reconocidos.

En todos encontraron una tremenda cantidad de azúcar.

Y la consecuencia fué terrible.

¡Todos diabéticos!

Nuestro amigo D. Manolo nos lanza una acusación injusta.

Y por dos virtudes amistosas que le dedicamos nos vituperó y nos vapuleó.

Y dice que las hicimos con mala intención. Si hubiera dicho que las hicimos con mala madera, hubiese acertado.

¿Pero mala intención en nosotros? ¡Que nos registren!

Y al mismo tiempo protesta de los pateos en el Ayuntamiento.

No hacía eso, cuando perteneciendo al bloque, se reía de los pateos dedicados á los de enfrente.

Y eso sí que es tener mala intención.

Pero, nosotros tenemos la culpa, de lo que nos sucede.

Por metarnos á redentores, y cumplir una obra de misericordia; enseñar al que no sabe.

Porque le dimos al Alcalde una nota sobre Indumentaria, nos ponen morados, á fuerza de golpes.

Y porque á D. Manolo le decíamos, por su bien, que disimulase las ganas de ser Alcalde y que no saltase de una vez todo el Alcubilla, nos pone de oro y azul.

Pues no nos sucederá más. Y dejémos que el Alcalde, vaya todo lo demostriamente que permita su protocolo familiar.

Y que D. Manolo, siga su erudito camino para llegar á la Alcaldía, que está para él á 7.527.000 kilómetros.

Y que el pueblo se ría y los ponga verdes: Desagradecido!

Y la invitación que nos hace para hablar con lógica y seriedad se la agradecemos, pero no aceptamos.

¡Otra puerta, hermano Manolo.

En otra sección de este periódico puede llamarse y le responderá.

En esta de nuestro cargo no cabe lo serio.

Porque según R. O. 27 Febrero 1887, artículo 4.º del R. D. de 26 Julio 1892 y R. D. de 29 Diciembre 1914, no es ese nuestro reino.

Es sólo el de lo inusitadísimo.

GARLOPA.

DE SOCIEDAD

Hoy han salido para Cádiz con objeto de incorporarse á la escuadra de instrucción á donde han sido destinados, nuestros amigos los guardias marinas D. Emilio Suárez Fiol y don Manuel Guimerá Bosch.

Les deseamos un feliz viaje.

Ha salido para Murcia nuestro distinguido y respetable amigo el coronel de Infantería de Marina don Diego Martínez Arroyo.

En el tren correo de hoy ha salido para Madrid el Gobernador militar de esta plaza Excmo. Sr. D. Salvador Díaz Ordóñez.

Un buen viaje y feliz regreso le deseamos á nuestro respetable amigo.

Se encuentra gravemente enfermo en Madrid, nuestro distinguido amigo el Excmo. Sr. D. Lorenzo Tamayo, general de Infantería de Marina.

Deseamos que el ilustre enfermo obtenga en breve una completa mejoría.

Nuestro apreciable amigo y paisano el ilustrado médico de la Armada D. Benito Pico, ha sido destinado al Laboratorio Bacteriológico del Hospital de Marina de este Apostadero. Nuestra enhorabuena.

De la Reserva de Toledo en donde prestaba sus servicios ha sido trasladado á la de Talavera nuestro querido amigo y paisano el comandante de Infantería D. Antonio Martínez Ruiz de Linares.

Cosas de mi pueblo

Historia larga... pero pesada

Competencias profesionales

— CAPÍTULO I —

Don Josué, Don Pacorro y Don Dio

Al regresar de mi pueblo, después de una prolongada ausencia, le encontré agitado, nervioso, movido por pasiones violentas y próximo á ser un nuevo campo de Agramonte. Aquel pueblo situado á orillas del Mar Negro (llamado así, no sólo por ser el vertedero público, sino porque servía para que en él se lavasen mis paisanos, que andaban tinto á fuerza de disgustos y berrechines) aquel pueblo, digo, era antes de mi alejamiento de él, parte de la Arabia feliz; sus habitantes, mis paisanos, pasaban la vida lo mejor posible, sin quebraderos de cabeza y sacando partido de las murmuraciones locales, utilizando para ello el *esprit* y la gracia nativa con que Mamá Natura dotó prodigamente á los que han nacido al N. N. O. de la península Balcánica.

Todos estaban contentos: la cuestión Odontológica, preocupación innata en mis paisanos y por la que siempre han luchado, llegando á veces hasta verter su sangre generosa por defender el específico del Dentista A ó la panacea del Dentista B, llevaba muchos años desilanzándose tranquila y apaciblemente.

DON JOSUE

Unos, tenían por el mejor Dentista del pueblo á D. Josué, excelente persona, fina, amable, pulcra y nada menos que Gran Maestro de la «Real y Distinguida orden de la Paciencia del Sr. Job»; su procedimiento curativo era admirado y seguido por la gente sensata y de peso del pueblo; no usaba formas violentas, sino de remedios radicales y en sus operaciones usaba la anestesia para evitar el dolor, utilizaba la vaselina para suavizar asperezas y convenía á su clientela de que todos somos mortales y de que al fin y al cabo, si hemos de morir, no conviene amargarnos la vida tomando determinaciones violentas, que infeccionan la sangre, producen furúnculos y granulaciones y perturban la digestión.

DON PACORRO

Otro Dentista muy afamado en mi pueblo, en aquel entonces, aunque no tanto como el anterior, era D. Pacorro; buena persona, que no tenía criterio cerrado en la cuestión de los procedimientos y que unas veces pedía á D. Josué ayuda para salir de una operación difícil y otras usaba los procedimientos más radicales de D. Dio, del cual nos ocuparemos después. La especialidad de D. Pacorro, que también era grata á sus devotos parroquianos, era el extraer las muelas, raíces y demás huesos del sistema dentario, *poquico á poquico*, como dicen en mi pueblo, que usa

el ico, como diminutivo familiar. Y decía don Pacorro preconizando las excelencias de su plan curativo, que la extracción paulatina si bien alarga el período doloroso, ese mismo dolor fortalece las encías, y que «el dolor es la alegría de la vida», según le parecía haber leído en un Schopenhauer de á peseta el tomo. Y no es que él gozara prolongando el dolor ajeno, ni viendo sufrir á los que se peñan en sus muelas, no; D. Pacorro procuraba distraer á sus pacientes parroquianos y ora les tarareaba el himno de Riego, ora les contaba historietas picantísimas, ora los entretenía con honestos recreos, ora les hacía jugar á corro en un círculo creado *ex profeso* para el alivio de sus admiradores.

DON DIO

Y el otro Dentista que compartía con los anteriores la noble profesión de hacer echar las muelas... careadas á mis paisanos y amigos, y arreglar en un periquete cualquier cuestión bucal por difícil que fuese, era don Dio, hombre recto, progresivo y poco dado á emplastos, vaselina y otros emolientes: la mitología era para él un mito, y sólo recordaba de ella que Vulcano y él se parecían en que habían tenido una fundición y que había tenido relaciones con una tal Talía, que lo mismo podía ser una diosa, que una mina. Su sistema profesional tenía muchos partidarios entre la gente del bronco, los hombres de pelo en pecho y los que creen que se pierde el tiempo templando gaitas y usando de eufemismos: su plan era radical, contundente y de resultados aplastantes. Decía él, y de camino hacía la crítica de los sistemas de sus competidores, que más vale sufrir mucho en un minuto que no diez minutos de sufrimiento lento pero continuado, como el cañoneo de la guerra de Meilla del 93; que la vaselina ensucia pero no sirve de nada y que al que le duela una muela, tenga el colmillito retorcido ó padezca flemones, cuyo origen se pierda en la noche de los tiempos, no hay más que aplicarle el gallo, ó un puñetazo ó un tiro y quedaba curado para siempre. Afortunadamente esto no eran más que teorías, y su natural bondadoso y sus sentimientos humanitarios, aunque cubiertos con un gorro frigio que, usaba para andar por casa, se sobreponían y nunca llevaba á la práctica aquellas predicciones que tantos adeptos le habían proporcionado.

Además de estos tres Dentistas que durante tantos años se sacrificaron en mi pueblo por la humanidad doliente, existían alguno

Esto obedecía á que Hattison no quería ser reconocido, cosa difícil, pues todo el mundo le conocía en la Unión.

Ne había periódico que no hubiera reproducido su fisonomía imperiosa y fría, ni una familia que no poseyese la fotografía del mayor inventor de los Estados Unidos.

Por eso cada vez que tenía que viajar por asuntos personales, el ilustre sabio ponía á contribución el arte de los peluqueros yanquis.

Poseía en su campamento de Zingo Park, del que se referían tantas maravillas, una colección de postizos que hubiera entusiasmado á un cómico.

Esta particularidad, conocida de todo el mundo, las fábulas que circulaban de, beca en boca acerca de las prodigiosas invenciones que se le atribufan y la ausencia total de informes acerca de su vivienda, cuyos umbrales sólo habían logrado traspasar algunas raras visitantes, habían creado en torno de mister Hattison un velo misterioso que excitaba la curiosidad de todos los americanos.

Decíase además que existía en los alrededores de su magnífico palacio de Ziego Porz, subterráneos que contenían invenciones maravillosas, capaces de cambiar la faz del mundo.

Cuando le hablaban de esto ó cuando los periodistas intentaban obtener de él un *interview*, Hattison no había confirmado ni negado nada.

fábulas se convirtiesen en certeza, si se conociese el verdadero poder de que dispongo, los secretos que poseo, y si se conociese la existencia de las formidables fábricas de Mercury's Park y de Sky Town, cuyas altas chimeneas humean al abrigo de Montañas Requizas, preparando la guerra de mañana, es decir, la ruina de Europa y la gloria de nuestra nación?

¡Que catástrofe ofrecía aquella alma ambiciosa y enérgica albergada en un cuerpo débil y encorvado, pero cuyos ojos, terribles y fríos, descubrían la obstinación del egoísmo más monstruoso! En la oficina de correos y telégrafos, Hattison aguardaba su vez.

— Despacho cifrado— dijo cuando llegó su turno, presentando una hoja de papel.

Algunos instantes después William Boltyan recibía un telegrama. Después de algunos minutos de trabajo pudo leer la traducción:

«Come se le había anunciado, esta mañana han tenido lugar las pruebas de la locomotora submarina.

Todo estaba pronto: las máquinas colocadas, los hilos conductores amarrados en la orilla, donde mis hombres, cuidadosamente ocultos, no tenían más que aguardar el momento propicio. El ozar nos ha contrariado. En el momento de hacer

Inmediatamente se puso á la disposición del médico, animosa, en medio de su dolor, y haciendo esfuerzos para prorrumpir en sollozos.

La herida del sabio no ofrecía en realidad ninguna gravedad.

A condición, sin embargo—dijo el doctor—, de que el enfermo no se halle sometido á ninguna preocupación y de que se le ponga al abrigo de todo ruido y de toda contrariedad, que podrían producir una fiebre cerebral. Con ocho días de reposo absoluto quedará completamente bien.

La reacción se había producido.

Monsieur Gilbert dormía tranquilamente.

Sus labios y su rostro habían recobrado algún color.

Al lado de Luciana, que se había instalado á la cabecera de su padre, Ned y Oliver, inmóviles y mudos, sentían la tristeza de la derrota.